

los antros accesibles de la corteza terrestre; pero si se recuerda la historia de la humanidad, sus vicisitudes, sus guerras, sus luchas interiores, las invasiones de unos pueblos contra otros, las persecuciones, las emigraciones é inmigraciones, las epidemias, las pestes y otras mil calamidades y tantos trastornos y destructores azotes como han afligido y acosado á los hombres, quizá no extrañaremos, ni será repugnante considerar, que los restos humanos conservados en muchas cavernas serán más modernos de lo que generalmente se dice y afirma; tanto más, cuanto que para conseguir la fosilización de los huesos no son necesarios tantos siglos como se ha supuesto. Hemos visto en el Museo arqueológico barcelonés dos cañones de hierro, cuya construcción quizá no alcance dos siglos, extraídos del fondo del mar en la punta de la Linterna Vieja. Esto nada tiene de extraño; pero lo que para nosotros es muy significativo, que sobre estos cañones se había formado una masa pétreo de gran solidez y consistencia que tenía más de un metro de espesor.

Nosotros, después de la descripción de la Cueva de los Murciélagos y otras supercherías que conocemos, miramos con alguna prevención y hasta con reserva cuanto se refiere á esta clase de descubrimientos, y sin negar su veracidad tenemos siempre algún recelo. Es innegable que si se explotaran las muchas cuevas y cavernas de la Alpujarra y vertientes meridionales de la Sierra Nevada se encontrarían, *no* esqueletos de personas colocadas en semicírculo y vestidas con telas de esparto, ni con *sendas cucharas* de palo en disposición de comer el rancho, que escribir esto es hasta ridículo; pero sí restos humanos que, lejos de ser prehistóricos recordarían la dominación musulmana, los valientes y osados *monfies*, ó la rebelión de los moriscos. Nos atrevemos á asegurar que la medición de los cráneos no daría ningún dato digno de tomarse en consideración para el progreso de la ciencia antropológica... Aquí haremos notar que la ciencia experimental y de observación desvanece los errores sostenidos á su amparo, demostrando que entre el Catolicismo y las leyes bien probadas del empirismo existe una perfecta y cabal armonía.



## CAPÍTULO XX

### LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE Y LA CIENCIA PREHISTÓRICA

El Egipto es la antigüedad de lo antiguo. — Consideraciones sobre la ciencia prehistórica. — El salvajismo humano es una quimera tomado en absoluto. — Los objetos presentados por el abate Sr. Bourgeois. — Las hachas prehistóricas. — Muchos objetos prehistóricos son apócrifos. — Los falsos descubrimientos del Albaicin (Granada). — Antigüedad de los túmulos y de otros monumentos megalíticos. — Extravagancias de algunos sabios. — Opinión del Sr. de Quatrefages. — El Sr. de Bianconi en la unidad de plan. — Algunas reflexiones generales. — Conclusión.



AMBIÉN el hombre tiene sus manías. De cuando en cuando y por periodos más ó menos prolongados le gusta cambiar de objetos y se complace en conocer nuevas cosas. En ello busca agradables impresiones que exciten los sentidos y halaguen su espíritu. Lo que ayer causaba sus delicias, hoy lo mira con desdén, y hasta lo relega al olvido. La humanidad en toda su historia ha presentado siempre las mismas peripecias. En el día embarga parte de su atención el estudio de objetos antiguos, el hallazgo de restos fosilizados, el descubrimiento de industrias ya perdidas, la exploración de desconocidos antros ó el examen minucioso de un olvidado enterramiento. El análisis detenido de utensilios de piedra, madera y metales oxidados, la inspección de señales caprichosas, de rayas y hendiduras en huesos que muchos han adquirido el estado fósil, la rebusca de residuos carbonosos ó cenizas que han resistido á la acción destructora del tiempo y de las aguas, de rasguños y dibujos, con formas raras de animales que ya no existen, diseñados ó pintados sobre bloques de piedra ó en el fondo de oscuras galerías donde la luz del astro del día jamás ha penetrado, son los objetivos á que consagra su capacidad é inteligencia. Grandes piedras de marcada figura, pequeños cantos rodados, en los que la fantasía ha dado forma y el deseo les ha impreso cuerpo, el dolmen, los barrow, los menhirs, los

cromlechs, los monumentos megalíticos que recuerdan la infancia de la humanidad han llegado á constituir en nuestros tiempos uno de los estudios más importantes de las ciencias modernas. Á estos conocimientos se les llama *prehistóricos*, es decir, estudios que pertenecen á una época anterior á las últimas revoluciones terrestres, y por lo tanto, mucho antes de la historia del hombre, tal como está consignada en la Revelación mosaica. Y esta clase de investigaciones se han enaltecido hasta el punto de darles el carácter de Ciencia. La *Ciencia prehistórica*, pues, embarga y domina á la mayoría de los hombres consagrados al estudio de las ciencias experimentales y de observación.

La prehistórica para nosotros no es más que un auxiliar de la antropología. El hombre se ve arrastrado por una fuerza irresistible que le impele hacia lo extraordinario y sobrenatural, y cuando ha perdido la fe religiosa busca en sus ideales ese mundo hipotético, ese mundo fantástico, lleno de dudas y plagado de nebulosidades para satisfacer una de las necesidades propias de su sér: *lo maravilloso*.

Nosotros estamos muy lejos de negar, ni mucho menos poner en duda, aquello que no hemos visto y examinado por nosotros mismos. La prehistórica existe; pero falta saber donde comienza y donde termina; es preciso fijar de un modo categórico, si estos tiempos se hallan dentro y después de los últimos acontecimientos geológicos que han dado á nuestro planeta la fisonomía que presenta, ó si están fuera de los relatos genesiacos. Dentro de los libros de Moisés existe un período prehistórico. Las descripciones dadas por la respetabilidad de hombres ilustres deberían ser una garantía, si esta misma respetabilidad no estuviera al nivel del entusiasmo. Hoy la autoridad ha cedido el campo al estudio directo; gracias á las líneas férreas que facilitan la exploración sin grandes molestias. De todo aquello que hemos podido estudiar, ya está consignada nuestra opinión sin rodeos ni reticencias, y el juicio definitivo que nos ha merecido.

Sin embargo, llama la atención y ha debido también excitar la curiosidad de los sabios, que en el Asia, cuna de la humanidad y emporio de la civilización antigua, no se hayan encontrado objetos toscos y rudimentarios, labrados de un modo grosero en piedra, hueso, madera y metales. El uso de estos y especialmente del *bronce* fué conocido de muy antiguo y en los primeros pueblos asiáticos. El señor de Arcelín ha dicho que no existe una clasificación cronológica representada por las llamadas edades de piedra, de bronce, de hierro y de cobre que esté al abrigo de una crítica razonada. Mientras un pueblo se hallaba en el apogeo de su civilización, otro comenzaba la era de su infancia: hoy mismo, dice el señor D. Francisco María Tubino, y es un hecho indubitable, existen pueblos en Africa, Asia, América y Oceanía, que desconocen el uso de los

metales, viven todavía en las primeras edades, y no emplean otras armas que las de piedra, hueso ó madera. Cualquiera de estos instrumentos y utensilios en manos de un aficionado, recordará quizá la prehistórica, siendo así que son de nuestra época. Esta verdad de tan ilustrado profesor puede servir de aviso.

Se han presentado objetos de sílex labrado, á manera de afilados cuchillos, encontrados en Palestina, y tanto por los sitios que se indican como por la calidad de las personas que han intervenido en el hallazgo, no es posible dudar de su autenticidad; pero estos instrumentos están bien lejos de pertenecer á una edad prehistórica, sino que sirvieron al pueblo de Israel. El abate Richard en 1871 trajo gran número de sílex históricos encontrados al pié del Sinai, en las orillas del Jordán, en Galgal y sobre todo en el sepulcro de Josué.

Hay algunas veces en esta clase de investigaciones algo oscuro que sólo una crítica franca y leal y el buen sentido fuera de toda preocupación pueden desvanecer. En ocasiones dadas se ha encontrado la piedra pulimentada mezclada con el hierro y el bronce, otras la piedra sin pulimento ó toscamente labrada con los mismos metales, y aun se han sacado de las excavaciones del



Bastón de mando con grabados de peces y caballos.

templo de Karnak medallas con bustos de emperadores romanos. Algunos sabios, entre los cuales mencionaremos á los señores Hostmann y Lindenschmit, no admiten estas edades de piedra y metales, sino que según la opinión de estos observadores, su uso ha sido simultáneo. Las excavaciones de la Troya de Homero en el Asia menor, que alcanzaron á diez y siete metros de profundidad para hallar el terreno virgen, demostraron la existencia de tres civilizaciones sobrepuestas; siendo de notar, que la más profunda era la más rica en objetos de arte, como vasijas y otros utensilios y efectos de plata, oro, bronce, etc. Es decir, que la que servía de base era la moderna.

De suerte, que podrán admitirse, si así se quiere, las tres edades de piedra, bronce é hierro; pero esta división y las subdivisiones que hacen ciertos autores nada presuponen en el sentido cronológico, ni mucho menos representan períodos de tiempo anteriores á la época histórica del hombre, sino dentro de la historia de los pueblos asirios, desde luego de la del hebreo y tal vez alguno de ellos no pase de los primeros siglos del Cristianismo. Empero de todos modos, estas edades y estos diferentes objetos y utensilios se han usado indistintamente en los tiempos históricos. ¿No ha debido llamar la atención de los sabios, que

las hachas y demás objetos presentados en el Congreso de Lisboa para atestiguar que el hombre corresponde á la época terciaria, están contruidos con la misma materia y tienen igual figura que los de otros períodos más modernos?

Los sabios que no se dejan arrastrar por la novedad y buscan con la investigación y el análisis datos positivos que les conduzcan al conocimiento de la verdad, han mirado y aun miran con desconfianza las exageraciones que todos los días publican los periódicos y revistas científicas. Los señores Lapparent, Maillard, Fergusson, Kerviller y otros no menos ilustres profesores, se han encargado de aclarar, y, tal vez, resolver este importante ramo del saber humano, cuya infancia ha estado dominada por lamentables extravíos.

Hé aquí la situación de muchos sabios en estos momentos. Partidarios decididos de la arqueología y de la numismática, teniendo especial cariño á cuanto se relaciona con los progresos humanos y sobre todo con la antropología y la biología, temen, no obstante, y se lamentan, de las exageraciones que conducen á extravagancias, al delirio y á la inverosimilitud; tanto más, si en ellas creemos vislumbrar algún oculto pensamiento. Por esta razón no nos cansaremos de llamar la atención de nuestros lectores, y hasta procuraremos impresionarles como hasta aquí, para que no se vean envueltos en hipótesis que perturban la razón y el buen sentido.

Por fortuna no han faltado personas doctas que ocupándose con admirable asiduidad de los estudios prehistóricos y de cuanto con ellos se relaciona, han puesto de relieve sus marcadas contradicciones, sus tendencias materialistas y positivistas ó unicistas y sus deducciones más ó menos legítimas y siempre hostiles al Catolicismo.

¿Queréis encontrar la ciencia prehistórica que tanto os embelesa, dentro los límites de la razón y en perfecta y cabal armonía con las enseñanzas de la Iglesia católica? Buscadla, que indudablemente la encontraréis en la relación mosaica, la cual entraña todas estas supuestas épocas de delirios ó hipótesis, que creéis haber encontrado fuera de la Religión revelada, aceptando cuantas extravagancias ha sugerido una fantasía perturbada por una excitación cerebral. Entre la maldición que Dios lanzó sobre Adam y Eva y el Diluvio universal genesiaco, transcurrieron más de *tres mil años*, durante los cuales se trabajaron algunos metales, sobre todo el hierro, por los descendientes de la raza de Caín. Tubulcaín, el Vulcano de la mitología, hijo de Lamech y séptimo nieto de Adam, ayudado de sus hermanos inventó las primeras artes. Aquellas familias progresaron de un modo pasmoso ante la longevidad extraordinaria de los patriarcas; las emigraciones los dispersaron más de una vez por diferentes puntos de la tierra, y el abandono, la incuria, y, tal vez, el aislamiento de muchos de ellos, dieron por resultado ese embrutecimiento, ese salvajismo desigual y

extraordinario, que se observa todavía en diferentes colonias y regiones, cuyo atraso intelectual y moral permite toda suerte de consideraciones, hipótesis y conjeturas.

El Diluvio universal es la gran catástrofe, el acontecimiento magno que separa los tiempos que se hallan fuera de la historia civil y científica de la humanidad, y señala el comienzo de otra nueva etapa, cuyo origen se encuentra en Noé y su familia, para continuar en la actualidad hasta que le plazca al Creador Supremo, y cuyo anuncio será probablemente un nuevo cataclismo.

Aquí encuentra la razón y el buen sentido una explicación plausible, cristiana, científica y nada repugnante que da á conocer todos los progresos de la prehistórica. Esos hallazgos, esos descubrimientos en las cuevas y los antros de todos los puntos del globo, de animales que vivían en el período cuaternario, que casi todos han desaparecido del mundo actual y cuyos restos se encuentran mezclados con los hombres, no son otra cosa que seres vivos que



Manó de mando con caballos grabados.

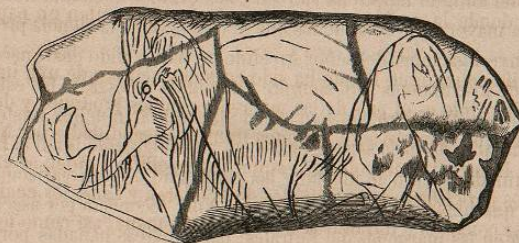
huían pavorosos de aquel terrible cataclismo, y buscaban un refugio seguro á la impetuosidad de las aguas dentro de tan espantosas oquedades. ¿Qué tiene de repugnante para la antropología buscar estas primeras etapas de la humanidad, dentro de los libros sagrados, cuando se hallan en perfecto acuerdo con la observación más exacta, concienzuda y detallada? Dejemos á la geología y á la paleontología que continúen con cuidadoso afán sus exploraciones por la corteza terrestre, no olvidemos las dificultades que los Profesores encuentran á cada paso para clasificar los terrenos del período cuaternario, las diferentes opiniones que se han dado á conocer, sus contradicciones, sus deficiencias y la manera como cada uno de ellos ha sostenido á su modo su hipótesis ó su teoría. Lo que ayer se aceptaba como cierto y bien probado, hoy es erróneo é inadmisibile, y mañana, tal vez, será la base y fundamento de nuevas escuelas. La ciencia, dicen, es progresiva; es muy cierto; por esto son transitorias sus concepciones teóricas, y la *Verdad Suprema* queda siempre velada á la sagacidad y perspicacia de los sabios.

Y dicho sea sin querer ofender á persona alguna, que los engaños y las supercherías prehistóricas han sido demasiado frecuentes para no desconfiar y dudar de los descubrimientos que todos los días se anuncian con caluroso entusiasmo por los hombres estudiosos y de buena fe, ó por los especuladores egoistas con notable perjuicio de la ciencia. Los periódicos de Nueva York dan á conocer (Setiembre de 1882) el engaño que desde 1829 se venía ejerciendo, llamando prehistórico el gran mastodonte de Albany, el cual se exhibía al público en el Museo geológico como un ejemplar único de aquella época poco conocida. Un antiguo empleado ha declarado al morir, que el tal Mastodonte era un *elefante de África*, que se le murió á un domador de fieras y que él había ayudado á enterrar. Nosotros estamos muy convencidos de que el tiempo irá aclarando poco á poco muchos hallazgos extraordinarios y sorprendentes que tanto han hecho bullir á los amantes de la nueva ciencia prehistórica.

Seguiremos, empero, nuestra tarea descriptiva sobre la nueva ciencia prehistórica, para ver si será posible aclarar y poner al alcance del lector, ciertos problemas donde la geología y la antropología representan un papel importante.

El estudio del antiguo Egipto ha sido en todos tiempos de una importancia inmensa. El Egipto es el país de las maravillas, de los prodigios y de los jeroglíficos: país que asombró á los ejércitos franceses acaudillados por Napoleón I, y admiró á Ritter y á Champollión, á aquel Champollión á quien se encomendó descifrar los jeroglíficos de los templos de Denderah y Esne, los cuales resultaron haberse construido durante la dominación romana, así como los zodiacos que tanto dieron que pensar á Dupuis. El Egipto, con sus antigüedades dejó pasmado al propio Champollión, que aseguraba, por observaciones hechas sobre el terreno, que ningún monumento egipcio se remonta más allá de 2,200 años antes de Jesucristo. En el Egipto, decimos, todo es grande, esplendoroso, sorprendente. Á cada paso, á cada instante tropieza el viajero con objetos curiosos, ruínas y restos de ciudades que recuerdan otros tiempos y otras civilizaciones. Leyendas misteriosas, emblemas y jeroglíficos que dan á conocer costumbres de hace 6,000 años, es decir, de aquellas épocas en las que los primeros Faraones desarrollando su poder en la ciudad de Thamis, mandaron construir las colosales pirámides para que les sirvieran de sepulcro, introduciendo una civilización vigorosa que adquirió robusta vida por el valle que riega el caudaloso Nilo. La pequeña Apolinópolis de los griegos, Damanhur, recuerda á Horo; y aquella Delta tan frondosa, en cuya vegetación siempre lozana, se ocultaban los cocodrilos y los hipopótamos, nos trae á la memoria los pueblos semitas que fueron primero colonos y luego sus conquistadores. Allí se rindió culto á especiales divinidades representadas por inmundos reptiles y

otros animales. Saís con sus deslumbradores palacios, residencia de los Faraones, es hoy un montón de escombros, que el extranjero contempla con respetuosa curiosidad, y los naturales con desdeñosa indiferencia; allí el gran Cambises después de haberla conquistado se hizo iniciar en los misterios de Neith, y de ella salieron aquellas colonias dirigidas por Cecrops que fueron á fundar á Atenas; el famoso templo de Karnak, sólo descubre entre sus colosales restos, las estatuas con la cabeza de león; Thamis, cuyas revueltas ruínas dejan ver todavía los soberbios monumentos de granito, y donde se hizo ostentación de toda la grandeza oriental en el magnífico santuario de Ramsés II, monarca que redujo á la esclavitud al pueblo de Jacob, hoy se halla derruida y es un montón de escombros: todas aquellas grandezas allí acumuladas, han caído bajo el hacha destructora del tiempo; aquella Neukratis que cobijaba en su seno á los comerciantes griegos y que dió vida á la hermosa Rhodopis, ya no existe; Balbitina ha sido reemplazada por Roseta; Bubastis desapareció de la haz de la



Mammoth grabado sobre una lámina de marfil.

tierra para que se cumpliera la profecía de Ezequiel, y Zoán donde Moisés realizó sus milagros á presencia del Faraón, ha sido borrada del mundo de los vivos. ¡Ah! tantas maravillas, tantas riquezas y prodigios, tantos jeroglíficos, tantos misterios, restos venerandos del orgullo de cien monarcas y de la vanidad de mil tiranos, enseñan al hombre del siglo XIX cuán efímeras é inestables son las grandezas humanas y sus descabelladas ambiciones.

Algunos restos olvidados de la antigua Menfis, capital del bajo Egipto, evocan en nosotros los grandes y extraordinarios hechos de pasadas generaciones; allí arrullada por el dulce murmurio de las aguas del caudaloso río, vivió dichosa una población grande en medio de la opulencia, de la riqueza y del lujo oriental: hoy la ciudad que fundara Amr-ibn-el-Así, (368 de Va E. C.) viene á sustituir las glorias inmarcesibles de un pueblo afortunado, y de otros muchos pueblos y ciudades que hicieron las delicias del Egipto superior, medio é inferior. ¿Qué queda de Avaris, Babilonia, Tebas y Heliópolis? Un triste recuerdo. ¿Qué

de tantas ciudadelas, templos, sepulcros, tumbas y retiros? Una idea triste y desconsoladora. ¿Qué de aquel Serapeum, de aquellos colegios y centros del saber de los egipcios? Una constante pesadilla: un desengaño más para las generaciones presentes. Las esfinges de los hyksos son uno de los últimos recuerdos de las grandezas que atesoraba el antiguo Egipto.

Aquellas majestuosas necrópolis representadas por colosales pirámides, aquellas corpulentas esfinges, cuya construcción debió enorgullecer no sólo á los Faraones que las emprendieron sino á los maestros y obreros que en ellas dejaron su inteligencia y su sangre, dan á conocer una civilización acabada, que manifiesta muchos siglos de existencia, como dijo el erudito señor D. José de Castro y Serrano. *El Egipto, es la antigüedad de lo antiguo*, ha consignado este ilustrado autor en su libro intitulado *La Novela del Egipto*.

El entendido y laborioso señor Chabas ha dado á conocer las armas, instrumentos y utensilios que empleaban en aquella primitiva civilización egipciaca. El estudio del antiguo Egipto ha sido en estos últimos años una horrible pesadilla para la mayor parte de aquellos que se consagran á la ciencia prehistórica, y que las investigaciones del señor Arcelino no han podido desvanecer; es que el imperio de los Faraones será siempre un enigma á pesar de los estudios modernos, que por otra parte no han dejado de aclarar muchos misterios y secretos. El hombre de hace seis mil años era absolutamente igual al hombre de hoy, los animales fueron lo mismo y las plantas no ofrecen variación alguna. El hombre que había nacido en el valle del Nilo, reconocía por ascendiente al que moraba en las márgenes del Eufrates; las comarcas bañadas por ríos caudalosos como el Hoangho y el Kiangho, por el Ganges y el Tigris tenían también sus moradores; y á pesar de estas remotas antigüedades la civilización en todo su desarrollo se hallaba establecida en Egipto y en todos estos pueblos que le habían precedido ó que le fueron contemporáneos. El señor Brugsch aconseja que estudiemos más y mejor las épocas históricas, y miremos con prevención las opiniones exageradas que sólo sirven para aprisionar las imaginaciones de personas poco reflexivas, que se ven arrastradas por un funesto materialismo. Reconocer en el hombre como ascendientes animales brutos, dice este sabio, es desconocer por completo la Omnipotencia del Creador, y atribuir al *acaso* cuanto proviene de la infinita, eterna y altísima sabiduría del Todopoderoso. El hombre, criatura de esta inexcusable omnipotencia de Dios, siempre ha demostrado la dignidad y elevación de su origen, y mientras existan seres humanos, *nunca, jamás* dejarán de manifestarla.

Si estudiamos cuanto ha consignado el señor Virchow, distinguido y concienzudo observador, veremos que son de poco valer los materiales acumulados por la ciencia prehistórica é insuficientes para explicar de una manera plausi-

ble lo que serían los primeros hombres. El señor Lubbock acepta sin reserva que los primeros representantes del linaje humano, habitaban en las cavernas y fueron coetáneos de los grandes mamíferos de la época cuaternaria glacial. El Doctor Gutberlet por otra parte declara, que son falsas las evoluciones que presenta la ciencia prehistórica, cuando pretende explicar la extraordinaria antigüedad que supone en el hombre.

Siempre que reflexionamos acerca los escritos del señor Mott, vemos que este sabio niega sin restricción ni salvedad alguna, el principio admitido por ciertos profesores sobre el primitivo estado del hombre. Dice que el linaje humano no empezó por el salvajismo como aseguran algunos, y no acepta tampoco el desarrollo sucesivo desde el primitivo estado salvaje hasta la civilización. El mundo de entonces, continúa este distinguido observador, era absolutamente igual al mundo actual, habitado por pueblos civilizados y por otros incultos; y añade después, que cuantos hechos se conocen nada prueban respecto el estado primitivo del hombre, ni mucho menos acerca de su origen y primera aparición.



Cabeza de oso grabada sobre una rama de cuerno de reñifero.

Los túmulos norte-americanos, las esculturas de la isla de Easter, hallazgos de la ciencia prehistórica que se han presentado en apoyo de estas doctrinas, nada dicen, ni nada prueban en sentir de este sabio. El señor Piazzi Smith admira dentro de los preceptos rigurosos de la ciencia la gran pirámide de Egipto, y cree en un momento de justo entusiasmo, que su autor debió estar inspirado: nada conocemos que pueda equipararse con aquel colosal monumento. Si oímos al señor Owen le veremos asegurar también, lleno de confianza en medio de su teoría de la desviación, que en el Egipto hace seis mil años las ciencias habían alcanzado un grado de desarrollo y perfección, quizá superior al que ostenta en Europa la generación actual en muchas de sus evoluciones.

La mente del filósofo queda en suspenso cuando recuerda las maravillas del templo de Bel, el observatorio de Babilonia, los jardines suspendidos, el lago artificial que reunía las aguas que descendían de las montañas de la Armenia y tantas preciosidades como hemos dado á conocer. Y todo esto en los remotos tiempos y primeras civilizaciones de los pueblos asirio y egipcio. Las obras de aquellos hombres en estas edades del mundo tan remotas, en lo que

llamamos primeras evoluciones de la humanidad, alejan de nuestra mente la triste y horrible idea del salvajismo natural, y demuestran con completa evidencia, como antes consignamos, que el hombre de hoy es igual al de aquellos tiempos, que salió perfecto de las manos del Creador y tal cual la historia del Oriente lo da á conocer. Si hay algo de consolador para la humanidad actual, es que entre los filósofos de los siglos XVII y XVIII sólo J. J. Rousseau fué el único que creyó en el estado natural del hombre, cuya idea ha sido combatida por otro filósofo contemporáneo, por el señor F. Laurent, en su *Historia de la Humanidad*. ¿Qué de extraño tiene que los materialistas y positivistas ó unicistas de nuestros días hayan forjado tantas quimeras y extravagancias sobre aquella idea del filósofo ginebrino? Para Hobbes los hombres son lobos furiosos que se devoran los unos á los otros. Hoy, tal vez, dirá algún evolucionista de la escuela de Huxley, que luchan por la existencia y por la reproducción.

Indudablemente que el estado salvaje del hombre existe hoy, como ha existido en todas las épocas de su historia; pero este estado no fué su condición primera. La civilización ha precedido constantemente al salvajismo, y cuando por desgracia la humanidad ha caído en esa degradación constante, en esa depravación de sus sentimientos morales y religiosos, difícilmente sale de ellos; porque toda civilización viene de fuera y rompe los diques que sostiene la inmovilidad del espíritu para realizar lo que el hombre por sí jamás llegaría á alcanzar.

Por otra parte la desdenosa acogida que merecieron del Congreso internacional antropológico de Bruselas en el año 1872, los objetos prehistóricos presentados por el señor Bourgeois, colocan en una situación poco favorable á esta clase de estudios para resolver en virtud de su autoridad el problema de la antigüedad del linaje humano. Aquellos sabios allí congregados decidieron que ninguna de las piedras exhibidas á la Asamblea estaba labrada ni dispuesta por la mano del hombre; y el señor A. Favre declaró, que eran naturales. Casi lo mismo podemos decir de la opinión de la mayoría de los sabios que han asistido al Congreso de Lisboa (Portugal 1880), respecto de las piedras labradas que servían para declarar la existencia del hombre en la época terciaria; quienes acordaron no ser suficientes para una afirmación tan delicada como trascendental. El señor Lepsius no admite los objetos que parece fueron hallados en el suelo de Egipto, y muchos viajeros y egiptólogos aseguran que los beduinos los venden á los que visitan las pirámides, y añade que todos ellos son productos naturales. El señor Virchow robustece con su dictamen esta opinión. Un geólogo distinguido, el señor Schimper, ha presentado una colección de pedernales debidos al trabajo del agua, y de este líquido con arena, por medio de los cuales se prueba la posibilidad de conseguir las formas y figuras semejantes á las que

se ofrecen como encontradas entre las capas de los terrenos terciarios y cuaternarios.

Y en verdad que respecto á piedras labradas, naturales ó fabricadas por el hombre y con figuras y formas particulares, Herodoto refiere que las armas de piedra se usaron por los etíopes y siguieron en Escocia hasta mediados del siglo XIII de la era cristiana. Las hachas, dardos y otras armas de piedra están indicadas por Hesiodo, Eunnis, Tito-Livio y otros autores antiguos como efectos históricos que han estado en uso en ciertos pueblos.

Para nosotros las piedras que figuran en su mayor parte en las colecciones de los museos con el nombre de *hachas* de los tiempos prehistóricos, y especialmente de las que hemos visto en el Museo arqueológico de Madrid, las ca-



Esfige.

lificamos de naturales; y su figura y estado de la superficie, unas veces provendrá probablemente del rozamiento más ó menos prolongado bajo la poderosa acción de las aguas, y en otras del efecto misterioso de un agente de otra naturaleza. En un gran número de ellas se nota, que los bordes han sufrido una semi-fusión, y es muy posible que esta circunstancia sea debida al calor desenvuelto al reunirse las dos electricidades, una que provendría de una nube y otra de la tierra, durante las grandes tempestades, sobre todo en ciertas épocas geológicas. Muchas de estas piedras no son de naturaleza silícea, y su carácter litoideo recuerda la roca que predomina y constituye la formación de la localidad en que fueron halladas; otras por el contrario están constituidas con una roca que no se encuentra á muchas leguas á la redonda, como, por ejemplo, las de diorita de cerca Guadalajara. La gente del campo las ha distinguido siempre

como por tradición con el nombre de *pedras de rayo* (ceraunites); y, en verdad, que aquella figura y aspecto lo pueden haber adquirido, tal vez, por la alta temperatura que se desprende en aquel fenómeno meteorológico. ¿Será posible que sean piedras rodadas por las aguas y arrastradas á grandes distancias bajo el influjo de repetidos y fuertes aluviones? ¿Podrán, en la mayoría de los casos, ser el producto de la acción exclusiva de la electricidad atmosférica? ¿Qué duda hay en ello, cuando sabemos las transformaciones del fluido eléctrico y sus reversiones siendo un agente poderosísimo y un motor incalculable que á cada paso modifica la materia inerte?

Las hachas de piedra que se llaman prehistóricas, son tan frecuentes y se hallan tan diseminadas, que esta misma profusión hace dudar que sean un producto de la humana inteligencia. Con efecto, se han encontrado en todos los países y en todas las regiones y latitudes. Parece que la humanidad habitó á la vez todos los continentes del mundo. La materia que las forma, en general, dicen que lo mismo es en Europa que en América, en Asia, que en Africa ó la Oceania; el *silex*, y su aspecto y figura son asimismo idénticos en todos los puntos del globo. Cualquiera diría que era cosa discutida y acordada en una asamblea por aquellos industriales, ó que conocieran lo que el hombre ya civilizado ha obtenido forjando un trozo de hierro al cual dió el nombre de *hacha*. Su número es tan grande en todas partes, que casi raya en lo fabuloso, como si aquellos seres humanos no tuviesen otra ocupación ni más entretenimiento durante repetidos siglos, es decir, durante los *millones de millones* de años que debieron transcurrir desde el periodo terciario al cuaternario, puesto que las hachas encontradas en ambas formaciones son idénticas, no tuviesen otro oficio, repetimos, que fabricar hachas de piedra silicea. Parécenos imposible que hombres doctos y serios hayan llegado á ofuscarse de tal suerte que den tanta importancia á estas piedras que califican de *hachas*. ¿No causa extrañeza que todos los hombres de estas épocas, lo mismo el asiático que el europeo, el africano que el americano y hasta el australiano, los cuales vivían del todo aislados, separados por distancias enormes y por grandes y dilatados mares, reducidos exclusivamente á la familia, sin ninguna clase de comunicación, quizá con un lenguaje limitado, se entretuvieran en labrar *hachas* de sílex, dándoles en todas partes igual figura é idéntico tamaño, como cosa convenida de antemano? ¿Y, para qué querían estas hachas? ¿Sería, acaso, para perseguir á los animales hoy extinguidos, con quienes debían estar en continuada lucha? Pequeñas eran, por cierto, para la defensa, á pesar de haber visto en el Museo nacional de Madrid una de ellas montada con tal primor, que sería preciso haber seguido un curso de mecánica para montar otra; conocimientos que no deben suponerse en el hombre prehistórico. ¿Eran para luchar entre sí? Esto

repugna el creerlo, por más que fuese posible esta lucha. Es bien original que buscasen casi siempre y diesen la preferencia como materia primera al sílex, y que tan pronto hubiesen aprendido que esta sustancia se corta cuando está fresca y humedecida, lo cual supone conocimientos de mineralogía y química, que sin temor nos atrevemos á decir que no tenían aquellos hombres, que se les considera por otra parte en el estado salvaje. ¿Y cómo las cortaban? ¿cómo las labraban? ¿empleaban utensilios de hierro ó de acero? Pero lo que es más portentoso y no se comprende sin repugnancia, como aquellas buenas gentes, la humanidad entera, en todos los puntos del globo, animada de un mismo pensamiento, movida por igual resorte y como por instinto, entretuviera sus ocios labrando con afanosa aplicación las famosas hachas, y *nada más que hachas*



Colosos de Memnon.

y *cuchillos* para dar que hacer y pensar á sus descendientes después de una buena serie de millonadas de siglos. Laboriosos anduvieron nuestros primeros abuelos trabajando sin fruto en un instrumento que se conservaba con facilidad y cuyo uso no reclamaba reemplazarle con demasiada frecuencia. Si no temiéramos asustar al señor L. Büchner, ó que se escandalizara el señor C. Vogt ó algún otro amante de estos estupendos trabajos del hombre prehistórico, diríamos que una *inspiración sobrenatural*, esto es, un *milagro*, hizo que aquellos seres humanos, esparramados por la superficie terrestre y sin comunicación entre sí; pero obedeciendo al parecer á una consigna milagrosa, se ocuparan todos al mismo tiempo en fabricar tan *importantes* utensilios de piedra silicea; y ¡cosa extraña! durante tan asiduo, como inspirado trabajo, induda-

blemente se recreaban contemplándose unos á otros *sus formas no muy armónicas ni perfectas* en verdad, y comiendo las sabrosas raíces que encontraban al acaso, mezcladas con tasajos de carne producto de la caza obtenida con las terribles hachas y cortada con el cuchillo de sílex. Y nótese, aunque de paso, que en las grandes exploraciones arqueológicas y numismáticas que se hicieron en varios pueblos de Europa en épocas pasadas, nadie indicó la existencia de semejantes piedras y cuchillos.

Las *lenguas de gato*, nombre con que los obreros designan á estos raros monumentos de la industria humana en sus primeros esbozos y que según el bondadoso señor Boucher de Perthes, son el origen de las ciudades, palacios y gigantescas concepciones arquitectónicas que elevan al hombre y contradicen esa pobre y ridícula idea que de él se ha formado por alguno, las *lenguas de gato* ó *ceraunitas*, decimos, han dado á estos aplicados obreros de nuestros días algunos miles de pesetas á ganar. Si la Minerva y demás obras artísticas que representan los mármoles y relieves del Parthenón no hubiesen tenido otro origen artístico, que las hachas prehistóricas, como con la mejor buena fe ha dejado consignado el bueno de Boucher de Perthes, de seguro que las bellas artes (la escultura) no hubieran jamás existido. Parécenos que con haber dicho este bondadoso señor que las *lenguas de gato* eran la base ó el fundamento del *oficio de picapedrero*, pudo dejar en paz á la escultura y á la arquitectura y á los majestuosos templos de Grecia.

Por otra parte, muchos de estos objetos y utensilios de piedra apenas descubren indicio alguno que pueda atribuirse al trabajo del hombre; sólo la fe ciega de los entusiastas y amantes de estos estudios han podido calificarlos de tales; otros ya revelan un *progreso* real en el arte; y, por fin, para los obcecados investigadores se alcanza hasta el *lujo*, marcado en las hachas con *pulimento*. ¿Y cómo verificaban este pulimento? El arte de pulir y abrillantar la piedra es una industria que denota estudio é inteligencia. Nos parece que en esta clase de hallazgos sucede lo mismo que con los descubrimientos mineros. Nadie se atrevería á negar, ni siquiera poner en duda, que existen criaderos de sustancias metálicas que han labrado la felicidad de muchas familias y son la riqueza de extensas comarcas; pero nadie podrá negar tampoco, que se presentan con excesiva frecuencia en medio de una caliza de montaña ó de otra roca análoga, criaderos plomizos, cobrizos ó argentíferos con tal perfección ejecutados, que casi siempre son víctimas las empresas y los mineros de buena fe. Las falsificaciones de objetos de sílex y de otras sustancias, son muy frecuentes, aun cuando se hallen entre excavaciones y grandes cortes, que se hacen para desmontes, etc.; y lejos de ser obras y trabajos antiguos son muchas veces productos de la superchería y engaño de los modernos. El señor Joly asegura,

que el hombre prehistórico de América existió bajo las mismas condiciones que el europeo.

Empero, demos por sentado que todos estos objetos pertenecen á la industria naciente del hombre, que éste pasó por un período de salvajismo y de animalidad en el cual castigado por la Omnipotencia Divina, había perdido la luz de la gracia y tuvo que apelar á sus propios recursos para atender á las imperiosas necesidades de la familia, comiendo el pan amasado con el sudor de su rostro, como dice la Escritura Santa. Sea en buen hora que errantes y fugitivos antes y aun después del diluvio los descendientes de Adam y después los de Noé, llenos de miseria, separados los unos de los otros tuviesen que vivir en cabañas aisladas, en cuevas profundas ó en espantosos antros, sin asiento fijo y sujetos á toda suerte de calamidades, miserias é infortunios... ¿Qué se proponen el materialismo y el positivismo ó unicismo científico con tan ruidosas investigaciones? ¿Qué bienes ni adelantos reportará la humanidad, ni qué aplicaciones útiles y provechosas se harán para mejorar la sociedad actual? Cuando sepamos con evidencia que existía el hombre en la época terciaria, anterior á la que corresponden los antropóideos ¿diremos entonces por una de esas aberraciones tan frecuentes, que el Pithecanthopo de Haeckel es ahora el descendiente del hombre?... Ya lo dijimos en el anterior capítulo, sólo misterios y siempre misterios, encontramos en estos oscuros problemas que pretendemos resolver teniendo presentes unas cuantas piedras halladas al acaso. Si las leyes de la evolución, del transformismo y del desarrollo fuesen ciertas, he aquí el momento de declarar que el hombre era la obra más perfecta y acabada de la Creación y el fin de nuestro planeta, y que los seres más completos que nos anuncia el señor H. Baumgaertner son una quimera ya que no un absurdo; y, por el contrario, llegado ya al límite del desarrollo orgánico comenzaba á degenerar por un orden gradual y continuado. Repitémoslo otra vez; ninguna de estas extravagancias puede aceptarse aun cuando se propalen en sentido festivo. El error antropocéntrico es un delirio, y el hombre que reflexiona, sólo ve en todo *misterios* y misterios inexcrutables.

Queréis que los primitivos pueblos viviesen aislados unos de otros, sin ninguna clase de comunicación, luchando consigo mismo á consecuencia de la concurrencia vital y de la reproducción; queréis que ignorantes y abyectos, con horizontes que constituían fuertes barreras que la inteligencia no podía franquear tuviesen unos mismos é idénticos trabajos y ocupaciones, sea en buen hora; pero entonces destruis esas edades fabulosas que habéis inventado, contrarias á la razón y al buen sentido; y todos estos objetos y utensilios á que dáis tanto valor para el exacto conocimiento de las épocas que en vuestro entusiasmo llamáis prehistóricas, todos estos artefactos de tanto mérito científico



que sacáis del seno de la tierra ó encontráis con sorprendente profusión en las cavernas y en los antros que examináis, quedan desautorizados y pierden una gran parte de su valor prehistórico.

Semejante manera de considerar los descubrimientos de la ciencia prehistórica, hija de los desengaños sufridos en todo cuanto hemos podido estudiar por nosotros mismos, nos han conducido, sin quererlo, á mirar con cierta desconfianza tales hipótesis siempre abultadas según unos, ó del todo inexactas siguiendo la opinión de otros; tanto más, cuanto que el señor de Klein ha dicho, que el laborioso y entusiasta Boucher de Perthes incurrió en grandes y lamentables equivocaciones, siendo víctima de la superchería y del engaño de infames falsificadores, que se ocupan, según ha probado el señor Lauandre, en imitar esta clase de objetos; sobre todo, los que se hallan junto á las osamentas fósiles de las orillas del Somme. Siempre será para nosotros motivo de respetuosa admiración la constancia en el estudio y firmeza en las investigaciones del honorable señor Boucher de Perthes, que con una asiduidad y fe inquebrantable y una resolución á toda prueba, se consagró á excavaciones penosas y á estudios serios y complicados. Estas verdades que nadie puede negar, han sido enaltecidas hasta lo sublime, y somos de opinión que ciertos elogios, más perjudican que favorecen, si son demasiado repetidos, exagerados ó inoportunos. La fabricación de los objetos de sílex y de otras materias para venderlos como hallazgos no es un secreto, se verifica próximo á Abbeville, según aseguraba la respetabilidad de C. Lyell; y tanto el señor Robinson como el ingeniero señor Withley consignan esta misma opinión, declarando este último, que la mayor parte de las hachas y útiles de la edad que llaman de piedra son apócrifos.

La célebre mandíbula hallada en Moulín-Quignón por el señor Boucher de Perthes, que tuvo la candidez de decir que había pertenecido á un individuo de edad madura, y que hoy se conserva en el Museo arqueológico de París, entusiasmó á muchos sabios, hasta el punto de fijar con ella de un modo definitivo la antigüedad del reino hominal. Hoy se sabe que este hallazgo fué una superchería, y el señor Lawson asegura que se extrajo del cementerio próximo á Abbeville.

¿Habrà cosa más risible y fuera de la gravedad de la ciencia que celebrar una sesión de espiritismo para buscar el dueño de aquel hueso?... Preciso será convenir, que un sabio extraviado hace más daño á la ciencia y á la humanidad que las extravagancias de cien mentecatos. Boucher de Perthes fué un pobre hombre, y su Yoé, que salió reclamando su mandíbula, acabó de hacerle perder el aplomo y la dignidad de sabio.

El señor Hebert recuerda que en las canteras yesosas de Montmartre entre

dos capas bien caracterizadas, se sacó un esqueleto humano que se halla en la actualidad en el Museo de París, al cual se le dió al principio una antigüedad fabulosa, siendo así que era muy moderno. Y nosotros recordamos aquéllas *puntas de lanza* y de *flecha* que se compraban á *dos* reales cada una, encontradas en los terrenos de San Isidro junto á Madrid, y como estos hallazgos se multiplicaban de un modo asombroso, se entró en sospecha y se supo que las fabricaban los chicos y los hombres. Ya hemos visto como los cadáveres y el enterramiento de la célebre Cueva de los Murciélagos no fueron más que cuentos y engaños, por cierto muy reproductivos, lo mismo que los de las otras Cuevas que se mencionan en la obra tantas veces citada *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. En fin, poseemos un ejemplar del Juicio seguido en la ciudad de Granada por Orden de S. M. el Rey Señor Don Carlos III, ante los Ilustrísimos Señores Don Manuel Doz, Presidente de la Real Chancillería, Don Pedro Antonio Barroeta y Ángel, Arzobispo de aquella diócesis y Don Antonio Jorge Galván que le sucedió en la Mitra, sobre los *importantes descubrimientos* que tuvieron lugar en la Alcazaba sacando del seno de la tierra toda clase de preciosidades arqueológicas y numismáticas, que llamaron la atención del mundo ilustrado y hasta del monarca el Señor Don Carlos III y de su gobierno; y ¡cosa notable! en aquellas extensas excavaciones que duraron muchos años no se encontraron hachas ni ninguno de los objetos prehistóricos que ahora se hallan en todas partes, y se han encontrado en la provincia granadina con una profusión sorprendente. Es, dirán acaso, que esta ciencia no existía. Semejantes exploraciones estaban dirigidas por D. Juan de Flores, prebendado de la Santa Iglesia metropolitana en unión del P. Juan de Echevarría, de Don Cristóbal de Medina Conde, canónigo de Málaga, de Alderete, Patiño y otras varias personas, las más de elevada y distinguida posición social, científica y literaria y todos adornados de gran respetabilidad. Las excavaciones fueron de mucha consideración, se demolieron edificios, nada se escaseaba ni omitía, y los hallazgos fueron en número prodigioso. De la causa resultó que la mayor parte de los objetos desenterrados habían sido una superchería y un engaño manifiesto. (Madrid: por D. Joaquín Ibarra 1781.)

Otros hallazgos antiguos y modernos conocemos de alta importancia que han sido también apócrifos: esto nos autoriza para no ser tan confiados en esta clase de descubrimientos prehistóricos como han sido otros profesores. En la historia de la ciencia prehistórica á pesar de no ser de larga fecha, se encuentran por desgracia muchos Beringers y no pocos Padres Torrubia, que fueron crédulos por demás y algunos especuladores ambiciosos constituyen el complemento. El primero de estos dos sabios murió de pena por haber sido engañado de sus discípulos, y el segundo fué combatido con un rigor inusitado por